

Trascendencia y espiritualidad en la obra de Pepe Dámaso

Julio Sánchez

El pasado 9 de diciembre, el artista Pepe Dámaso cumplió 80 años. Los actos de homenaje se multiplicaron durante el mes. El más significativo fue, sin duda, la concesión del título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. La Escuela de Luján Pérez celebró un acto poético-musical e inauguró una exposición en la que colaboraron numerosos artistas canarios. En el Club Prensa Canaria del periódico La Provincia-Diario de Las Palmas, hubo una mesa redonda, a la que fui invitado, juntamente con tres profesores de la Universidad y el director de la Escuela de Luján Pérez. Pepe Dámaso dijo al final unas palabras muy emotivas. Volvió a recordar sus raíces agaetenses y manifestó que él vivió su infancia contemplando el mar, el Tamadaba, el Valle y el espléndido tríptico flamenco de nuestra Señora de las Nieves. Y de esa contemplación surgió su vocación artística. A mí me encargaron, precisamente, que hablara en la mesa redonda de la trascendencia y espiritualidad de Dámaso.

Aunque parezca extraño para algunos, la trascendencia y la espiritualidad han acompañado al artista Dámaso en la búsqueda de la belleza y de la verdad. Expongo brevemente algunas de sus obras religiosas. En la exposición “Credo”, que se celebró en la Casa de la Iglesia, en la calle Doctor Chil, durante la pasada primavera, pudimos contemplar una de las primeras obras de Pepe Dámaso, de su serie “Escenas Religiosas”, de 1958. Se trata de cuatro escenas pintadas con técnica mixta sobre papel que miden 31 X 25 cms. cada una. Representan cuatro misterios fundamentales de la fe cristiana, tratados con realismo y ternura: La Anunciación de María, una Piedad con María Dolorosa con su Hijo muerto, la Resurrección de Jesús y Pentecostés o la Venida del Espíritu Santo.

Quiero destacar también la serie “Juanita”, pintada en 1965. Juanita fue una mujer soltera que sufrió la incomprensión e intolerancia de muchos vecinos...Ella fue una voz libre e incómoda, volcada en coplas, dichos oportunos y atinados insultos...Dámaso fue su último amigo, confidente y albacea del recuerdo y la miseria entrañable de aquella vieja virgen. Juanita ha pasado a la posteridad gracias a los veinte cuadros que Dámaso pintó. En algunos de ellos plasma la Crucifixión de Jesús con la que se identifica la también crucificada vieja Juanita, representando a todos los hombres y mujeres que sufren las injusticias de este mundo. Dámaso en esta serie nos recuerda la teología de la Redención de Jesús.

Otra serie especialmente apreciada por mí es la de San Roque, pintada para la exposición de Garachico de 2007. Fui invitado a participar en el catálogo y acepté con sumo gusto por mi amistad con Pepe y porque entonces yo era párroco de San Roque de Las Palmas de Gran Canaria. El catálogo se titula “Tránsito por la estética religiosa en Dámaso”. Y mi artículo lleva por título : “Génesis, Camino y Apocalipsis en Dámaso”. En él comento que “la obra pictórica de Dámaso en su vertiente más espiritual, tuvo un inicio luminoso, ha buscado incesantemente caminos y revela lo más recóndito del ser humano y de la naturaleza”. No conozco artista que haya visualizado con tanto realismo, colorido y gracia la iconografía de San Roque, como Pepe Dámaso. El rostro reflexivo del santo peregrino, el perro fiel con el pan en la boca, el cayado con la calabaza, la concha, las cintas...Un placer para la vista y para el corazón.

Finalmente, es necesario resaltar la serie de La Rama, del baile y de los papahuevos, de Agaete y del Valle. Los papahuevos de El Valle fueron realizados por Dámazo en 1978. Reflejan estas pinturas magia y mística. Los danzantes cuando entran en trance trascienden a un estado místico. Luis Ortega Abraham describe la serie de la Rama con estas acertadas palabras: “Representan hombres, parejas y grupos en el trance liberador del baile. Alzados brazos, cabezas unidas, cara al cielo y cara al suelo, trazos de firme verticalidad, engordados con relieves arenosos y curvas sinuosas, siluetas dobles, estiradas o recogidas a la vez, como cardones o palmas gemelas, parejas eternas, sin rostro y sin sexo, danzantes o sombras de danza; fragmentos de un mosaico abigarrado, donde la parte es la imagen del todo, y el todo es un ritmo de alegría, fiebre y cansancio”.